

se quiere convertir en desecho vil u olvido” (115) y este libro pretende rescatar la memoria de los estudiantes desaparecidos, haciéndoles justicia investigando los informes y transcripciones judiciales para tratar de entender qué pasó esa noche en Iguala, Guerrero, porque no hacerlo sería dejar que mueran de nuevo al “cancelarles la memoria” (113).

Martín Camps
University of the Pacific

Peter Elmore. *Los muros invisibles: Lima y la modernidad en la novela del siglo XX*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015. 302 pp. 2a. ed.

Texto importante de la crítica literaria peruana de las últimas décadas, *Los muros invisibles: Lima y la modernidad en la novela del siglo XX* nació de la tesis doctoral de Peter Elmore y se publicó por primera vez en 1993 bajo el auspicio de las editoriales limeñas Mosca Azul y El caballo rojo. En 2015, el sello editorial de Pontificia Universidad Católica del Perú ha tenido a bien darle una segunda vida a un libro que, en su primera aparición, propuso lecturas novedosas de novelas clásicas, y que hoy sigue siendo de interés para los peruanistas: en particular, para aquellos que estudian el vínculo entre la literatura y la ciudad. Ellos reencontrarán en esta edición el texto original de 1993, además de un prólogo nuevo en el que Elmore pone su libro en perspectiva. Como apunta el autor, su objetivo es dilucidar los modos a veces opacos en los que la novela

ha representado y problematizado la experiencia urbana limeña en distintas coyunturas de la historia nacional, desde los estertores de la Patria Nueva de Leguía (años 20 y 30) hasta el final del orden oligárquico (gobierno de Velasco en los años 70). Las novelas analizadas son *La casa de cartón* (1928), *Duque* (1934), *Yavar Fiesta* (1941), *El mundo es ancho y ajeno* (1941), *Los geniecillos dominicales* (1965), *Conversación en La Catedral* (1969) y *Un mundo para Julius* (1970). En ellas, Lima aparece figurada de modos distintos, pero casi siempre como un espacio negativo y distópico, sitio de malestar, marginalización y desarraigo: los “muros invisibles” excluyen y expulsan a todos los habitantes, incluso los más privilegiados.

Empezando con la demolición de las murallas de la vieja capital colonial (1870), la introducción del volumen pasa revista a los principales procesos modernizadores del Perú, dejando en claro que pese a los tradicionales discursos sobre el “atraso” o el inmovilismo de la sociedad peruana, se trata de una sociedad que desde fines del XIX puede calificarse de moderna —es decir, dinámica, líquida, fáustica—, bien que periférica, injusta y desigual. Este motivo crítico, que Elmore obtiene de *All That Is Solid Melts Into Air: The Experience of Modernity* de Marshall Berman, recorre los tres capítulos del libro, cada uno dedicado a un momento crucial del siglo XX y su impacto en la ciudad. Sin embargo, Elmore no explora las transformaciones objetivas de Lima, sino los desplazamientos al interior del imaginario de la urbe, que se resumen en tres grandes temas

que podríamos conceptualizar como tres distintas imágenes de la ciudad: la ciudad oligárquica y modernólatra del Leguismo, ciudad superficial y efímera, con su ilusión de expansión y cosmopolitismo; la capital centralista y opresiva, pero también liberadora y radical, con sus nexos profundos con el campo y las provincias, siendo el central la migración interna; y la ciudad del desencanto, la ciudad infernal, sede del colapso de toda promesa utópica de bienestar y pertenencia. Las siete novelas antes mencionadas ponen en juego estas imágenes para movilizar una fuerte crítica contra los discursos oficiales de Lima, que han buscado representarla como una “ciudad jardín” virreinal o como un espacio desarrollado, mitos basados en el racismo y la exclusión.

El primer capítulo compara *La casa de cartón* de Martín Adán y *Duque* de José Diez Canseco como dos novelas estéticamente lejanas —la primera vanguardista, la segunda marcada por el periodismo—, pero que coinciden en erosionar la visión triunfalista de Lima propuesta por la clase alta, que confundió el incremento transitorio de su capacidad de consumo por la llegada del “progreso”. Mientras que en la lectura de *La casa de cartón*, la ironía es el tropo fundamental que corroe las certidumbres de la novela realista y los presupuestos epistemológicos del progreso en sí, en el análisis de *Duque* descubrimos un texto feroz que denuncia a la oligarquía desde una perspectiva moral, subrayando su vacuidad y corrupción. En el segundo capítulo, Elmore continúa comparando dos novelas disímiles

en lo literario —las de José María Arguedas y Ciro Alegría—, que, sin embargo, comparten la postulación de una modernidad alternativa, andina, además de una intuición esencial: que la dicotomía campo/ciudad resulta inoperante, pues el poder de la capital, uno casi siempre opresivo aunque potencialmente revolucionario, proyecta su sombra sobre el territorio nacional. El orden oligárquico reposa en la alianza entre el centralismo y el gamonalismo, la cual podría verse cuestionada gracias a la misma influencia ambivalente de Lima, lugar donde los migrantes andinos adquieren conciencia política. Finalmente, el tercer capítulo se vale de las novelas ya mencionadas de Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique y Mario Vargas Llosa para presentar una Lima en ruinas, la “metrópoli del subdesarrollo” (209) resultante de las migraciones internas. En cada novela, encontramos a un protagonista masculino joven de clase media o alta —Ludo Tótem, Julius, Santiago Zavala— cuya inserción en la sociedad es problemática: estamos, pues, ante “procesos fallidos de socialización en el medio urbano” (208), en los que el fracaso se debe tanto a un exceso de sensibilidad de los sujetos involucrados como a la hostilidad y precariedad reinantes. Incluso a los individuos más afortunados, la ciudad les cierra las puertas.

En mi opinión, la mayor virtud del libro está en su capacidad para ofrecer no una, sino una multitud de miradas de una ciudad que va transformándose a lo largo del siglo: si bien es cierto que la literatura, como afirma el propio Elmore, no

tiene por qué ofrecer un reflejo fiel de la cronología histórica, la percepción del ensayista en *Los muros invisibles* se las arregla para encontrar en la literatura un sistema coherente de representación de la modernidad y sus avatares. En efecto, estamos ante un libro de ensayo, dado el valor que adquiere la subjetividad del autor y su correlato más visible, una voluntad de estilo. Los dilemas de la capital son comentados por Elmore con prosa aguda y elegante, que no excluye los juegos de palabras, la ironía y el humor, sin por ello poner en jaque el rigor del análisis. En un nivel estructural, estas virtudes se manifiestan en los emparejamientos que cada capítulo realiza: es osado y revelador comparar a Adán con Diez Canseco, pues denota un punto de vista particular que también se deja ver en la propuesta de entender a Lima como la “otredad” del mundo andino, lo que supone una inversión de la perspectiva usual. Encuentro que Elmore buscó revisitar y reorganizar el canon narrativo, aunque su postura revela, para el lector de hoy, ciertos principios resistentes de la crítica literaria hegemónica de su tiempo, pues debemos recordar que dos décadas no pasan en vano: el predominio de la novela y del realismo, por ejemplo, visión construida que se presenta como verdad incuestionable; o la aceptación del carácter patriarcal, heteronormativo y por momentos homofóbico de la tradición literaria peruana –ver el uso de la homosexualidad en *Duque* y *Conversación en La Catedral*: un tropo de la corrupción– como una

realidad invisible que no es tema central de discusión.

En el prólogo a esta segunda edición, Elmore llega a una conclusión interesante: sugiere que la novela peruana hegemónica del siglo XX unió el realismo y la cuestión nacional; es decir, que combinó la demanda ética por configurar una identidad colectiva con una modalidad de representación atenta a lo social, político e histórico. Significativamente, Elmore entiende la colusión de realismo y nacionalismo como un dato de la realidad literaria, un producto cultural de los creadores y los intelectuales, pero además plantea la pregunta de hasta qué punto los estudiosos de la literatura participamos también en la definición de lo “canónico”. Este “realismo nacional” tuvo a la ciudad como centro neurálgico, trazando una preeminencia de lo urbano que empezó a desmoronarse a finales del siglo XX con el avance de tendencias metaliterarias y autorreferenciales en el campo literario. Por ello, en muchas de las novelas del siglo XXI, la ciudad ha dejado de ser un problema para convertirse en un trasfondo: en ellas Lima “está presente, pero no es una presencia” (33). Elmore indica que una segunda parte de *Los muros invisibles*, dedicada a fenómenos más contemporáneos, tendría que mirar no ya a la literatura, sino al cine, lo cual da cuenta de la vitalidad del séptimo arte, de la caída de la novela como género supremo y quizás de una crisis mayor de la cultura letrada.

Luis Hernán Castañeda
Middlebury College